

EL ROL DE LA GENTE COMÚN EN LA DEMOCRATIZACIÓN*

Christian Welzel y Ronald Inglehart

Christian Welzel es Profesor de Ciencia Política de la Jacobs University en Bremen, Alemania y miembro del Comité Ejecutivo de la Encuesta Mundial de Valores (WVS). Ronald Inglehart es Profesor de Ciencia Política de la Universidad de Michigan. Dirige la Encuesta Mundial de Valores (WVS) y entre sus libros se cuenta Modernization, Cultural Change, and Democracy (escrito en conjunto con Christian Welzel, 2005).

El empoderamiento humano está adquiriendo cada vez más importancia como fuerza impulsora detrás de la democratización. Aunque la negociación con las élites era un aspecto clave cuando recién emergió la democracia representativa, y aunque todavía sigue jugando un papel importante, el desarrollo de la “democracia efectiva” refleja que la gente común ha adquirido recursos y valores que les permiten presionar a las élites eficazmente. Sin embargo, por lo general se subestima la importancia de este proceso llamado “empoderamiento humano”.

Existe tensión entre dos concepciones diferentes de democracia. La noción más restringida se fundamenta en el sufragio y considera como democracia a cualquier régimen donde se celebren regularmente elecciones competitivas, libres y justas.¹ En este caso, el consentimiento de las élites es fundamental e importa poco la preferencia de la masa. Los defensores de esta posición argumentan que ciertos requisitos de la democracia, tales como la movilización social, no son importantes. Este concepto suele ser catalogado como “democracia electoral”.²

Los críticos de esta visión manifiestan que de acuerdo con ella se aceptan como democráticas hasta a las sociedades más manipuladas por

* Publicado originalmente como “The Role of Ordinary People in Democratization”, *Journal of Democracy*, Vol. 19, No. 1, January 2008: 126-140. © 2008 National Endowment for Democracy and The Johns Hopkins University Press.

las élites, siempre y cuando se celebren elecciones competitivas, y se ignora el principio que la genuina democracia es el gobierno del pueblo, en donde las preferencias de la masa condicionan y modelan las políticas públicas. Los defensores de este concepto más amplio plantean que la democracia verdadera va más allá del derecho a votar. La “democracia liberal”, como idea opuesta a la democracia electoral, se fundamenta en la voz popular sobre la autogobernabilidad.³ Por tanto, el nacimiento y la supervivencia de la democracia dependen de precondiciones sociales, tales como la distribución amplia de los recursos de participación, y de un público tolerante y confiado que aprecie la libre elección.⁴

¿Cuál de estas visiones en disputa está en lo correcto? ¿La democracia es simplemente un producto de acuerdos y concesiones de las élites, o debería reflejar las orientaciones del público en general? Si es acertada la primera y más restringida noción, entonces el nacimiento y la supervivencia de la democracia son independientes del desarrollo socioeconómico. Sin embargo, si la noción más amplia es la correcta, entonces el nacimiento y la supervivencia de la democracia de hecho se encuentran ligados al desarrollo. Por supuesto, ambas visiones están en lo correcto, dependiendo de la definición de democracia que se considere.

Durante la “tercera ola” de democratización, que comenzó en 1974 y llegó a su punto máximo hacia fines de los años ochenta y principios de los noventa, la democracia electoral se difundió en extenso y rápidamente por las regiones del mundo, donde los acuerdos con las élites desempeñaron un papel importante. Además, el ambiente internacional, transformado por el fin de la Guerra Fría, ayudó a la democratización, especialmente en países donde este proceso se había visto bloqueado por la amenaza de la intervención militar soviética, o donde el apoyo de Occidente había sustentado durante mucho tiempo las autocracias anticomunistas. Sin embargo, hoy en día algunos de estos mismos países no podrían cumplir con los requisitos de la definición más amplia.

Nuevamente, cuando se utiliza la definición más restringida de democracia, la correlación entre democracia y desarrollo socioeconómico es relativamente débil, pero se vuelve mucho más fuerte cuando se aplican mediciones más amplias. Por ejemplo, cuando para medir la democracia se utiliza el restrictivo e institucional “índice de autocracia-democracia”⁵ del *Polity Project*, el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas (IDH), basado en mediciones de expectativa de vida, Producto Interno Bruto per cápita (PIBpc) y alfabetización, explica sólo el 35% de las variaciones en el nivel de democracia entre naciones (N=114). Esta es una parte importante de la varianza y claramente debilita la visión que los requisitos sociales no son importantes, pero igualmente da pie para argumentar que las acciones de la élite pueden explicar gran parte de la varianza. Si se aplica la medición de democracia de *Freedom House*, que es un tanto más amplia y considera las libertades civiles, el IDH da cuenta de una parte más grande de la varianza (41%).⁶ Aunque esto

sugiere que el desarrollo es importante, de todos modos esta explicación es compatible con la visión que los acuerdos de la élite son la fuerza principal para el establecimiento de la democracia, esto es, si se considera solamente la democracia electoral.⁷

La situación cambia radicalmente cuando se analizan las condiciones previas que deben existir para que haya democracia efectiva. Muchos académicos argumentan que algunas de las nuevas democracias están invadidas por la corrupción a gran escala y no cuentan con un estado de derecho que permita una democracia efectiva. Por consiguiente, en la literatura se enfatiza cada vez más la insuficiencia de la “democracia electoral”, “democracia híbrida”, “democracia autoritaria” y otras formas falsas de democracia, donde las preferencias de la masa pueden ser ignoradas en gran medida por la élite política, en vez de tener una influencia decisiva en las decisiones gubernamentales, como supone la teoría democrática. Así, es crucial distinguir entre las democracias efectivas por una parte, y las inefectivas o pseudodemocracias por otra.⁸

¿Qué es la Democracia “Efectiva”?

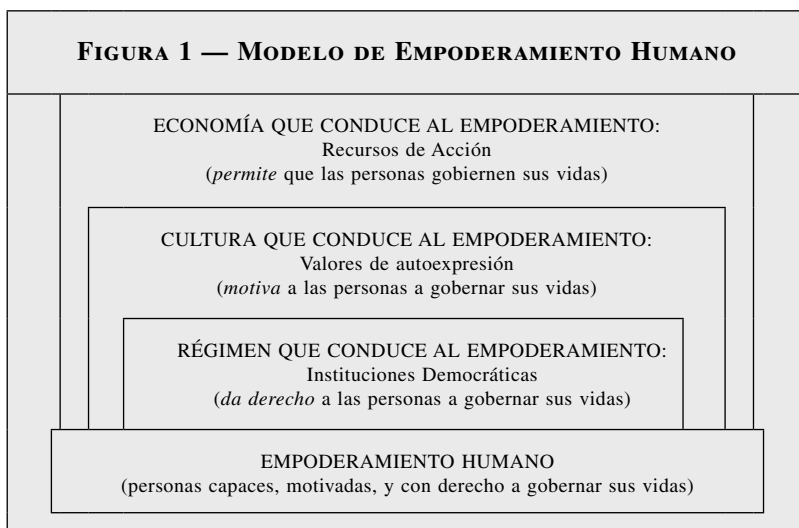
La esencia de la democracia radica en que es capaz de empoderar a los ciudadanos comunes. Pero el mero hecho de que existan elecciones no logra este efecto. Sólo aprobar leyes que establezcan formalmente derechos políticos no es suficiente para empoderar al pueblo; es necesario implementar esas leyes.

Entonces, para medir la democracia efectiva se debe considerar no sólo el grado en que los derechos políticos y civiles existen en el papel, sino también hasta qué punto los funcionarios públicos realmente respetan esos derechos. El índice *Freedom House* da cuenta del primero de estos dos componentes. Si un país tiene elecciones libres, justas y competitivas, la medición de *Freedom House* tenderá a calificarlo como “libre”, teniendo la puntuación máxima o cercana al máximo de la escala. De este modo, las nuevas democracias de Europa Oriental tienen una puntuación tan alta como las democracias establecidas de Europa Occidental, aunque un análisis más profundo indica que la corrupción generalizada hace que estas nuevas democracias sean mucho menos receptivas a las preferencias de sus ciudadanos que lo indicado por las mediciones de *Freedom House*.⁹ Por otro lado, los datos de “buena gobernabilidad” del Banco Mundial, especialmente los puntajes de “control de corrupción”, entregan la mejor medición disponible del grado en que se apegan a la ley aquellos que están en el poder.¹⁰

Para determinar el nivel de democracia efectiva, como primera medida se tomó la escala combinada de derechos políticos y libertades civiles de *Freedom House* (14 es la peor puntuación y 2 es la mejor), se invirtió su dirección y se estandarizó a una escala de 0 a 100, en donde 100 es la puntuación de más libertad. Estos puntajes se multiplicaron por los de

anticorrupción del Banco Mundial (estandarizados en una escala de 0 a 1,0, donde 1,0 es el grado de menor corrupción) para producir un índice de democracia efectiva, por lo tanto, esta corresponde al producto de la democracia formal y la integridad de las élites.¹¹ Obviamente, el estándar para la democracia efectiva es considerablemente más exigente que el estándar para la democracia electoral. Al utilizar únicamente la escala invertida de *Freedom House*, el puntaje medio por país se elevó de 51 en el año 1985 a 72 en el año 2000. Sin embargo, el nivel de democracia efectiva, que sopesa ese nivel de libertad en relación con la integridad de las élites, sólo mejoró de 37 a 44 durante el mismo período.

La democracia efectiva está estrechamente relacionada con el nivel de desarrollo de una sociedad. De este modo, el IDH da cuenta del 60% de la variación en la democracia efectiva. En otras palabras, el IDH indica casi el doble de la varianza de democracia efectiva, tal como lo hace con democracia electoral. Así, los factores de desarrollo claramente tienen un papel dominante en el nacimiento y supervivencia de la democracia efectiva. En contraste, se puede establecer una democracia electoral en casi cualquier lugar, pero ésta tal vez no sea muy arraigada o duradera si el poder de las élites no se transfiere al pueblo. Existe mayor probabilidad que la democracia efectiva exista en estados con una infraestructura social relativamente desarrollada, lo que incluye no solamente los recursos económicos, sino también los hábitos de participación generalizados y el énfasis en la autonomía de las personas.



La Tríada del Empoderamiento Humano

La democracia puede ser efectiva sólo si el poder es otorgado a las personas. Se ha identificado una secuencia de empoderamiento humano que consiste en tres elementos: recursos de acción, valores de autoexpresión e instituciones democráticas (véase Figura 1). Cada uno de estos componentes empodera a las personas en un nivel distinto.

Entre los recursos de acción se incluyen tanto los recursos materiales como los cognitivos, tales como la educación y las habilidades, que ayudan a las personas a gobernar sus propias vidas. La modernización no sólo aumenta los recursos materiales del ser humano, sino también los niveles educacionales, y posiciona a las personas en ocupaciones donde se requiere un pensamiento independiente, lo que las hace estar más articuladas y mejor preparadas para participar en política.

Los valores y las actitudes de la masa también cumplen un rol importante. El análisis por factor aplicado a los datos a nivel nacional de la *Encuesta Mundial de Valores (WVS)*, relacionados con los puntajes de las sociedades, revela que dos dimensiones principales dan cuenta de más de la mitad de la varianza nacional a lo largo de un amplio abanico de valores vinculados a la vida política, económica y social.¹² La primera dimensión refleja la transición de la sociedad agraria a la sociedad industrial. La segunda dimensión, llamada “supervivencia versus valores de autoexpresión”, está relacionada con el surgimiento de la sociedad postindustrial.

Las sociedades donde se enfatizan los valores de autoexpresión otorgan una alta prioridad a este concepto, tienen una orientación participativa hacia la sociedad y la política, apoyan la igualdad de género, son relativamente tolerantes hacia los extranjeros, homosexuales y otros grupos marginados, y sobresalen del ranking en relación con la confianza interpersonal. Por otra parte, las sociedades que relevan los valores de supervivencia tienden a tener preferencias opuestas en cada una de estas áreas. Un creciente énfasis en los valores de autoexpresión aumenta la demanda de libertades políticas y civiles, de igualdad de género y de un gobierno receptivo, lo que ayuda a establecer y mantener las instituciones democráticas. Estos valores desempeñan un papel importante en la democratización ya que conducen a que se entregue mayor prioridad a la libre elección al dirigir la propia vida.¹³

Las instituciones democráticas entregan los derechos políticos y civiles que permiten que las personas moldeen tanto la vida pública como su vida privada y, en conjunto, estos elementos posibilitan el empoderamiento humano. Por ende, la democracia efectiva suele encontrarse en sociedades donde hay valores de autoexpresión muy marcados, así como abundantes recursos de acción. Los niveles cada vez más altos de recursos aumentan la capacidad de las personas para ejercer presión sobre las élites. Además, los recursos abundantes se traducen en un

mayor énfasis en los valores de autoexpresión, lo que conduce a que el público ponga de relieve la libre elección en política, por lo que se hace cada vez más difícil para las élites el resistir la democratización efectiva.

La secuencia de empoderamiento humano se fundamenta en dos relaciones causales. En primer lugar, el desarrollo económico aumenta los recursos de la gente común, lo que conduce al nacimiento de los valores de autoexpresión. Casi todos quieren libertad y autonomía, pero las prioridades de las personas reflejan sus condiciones socioeconómicas, y por lo tanto les otorgan el valor subjetivo más alto a sus necesidades más apremiantes. Dado que la sustentación material y la seguridad física son los primeros requisitos para la supervivencia, en condiciones de escasez las personas les asignan la máxima prioridad; cuando aumenta la prosperidad, las personas se vuelven más proclives a enfatizar la autonomía y los valores de autoexpresión. Más aun, tienden a ajustar sus aspiraciones a sus capacidades, lo que hace que las libertades democráticas sean más imperiosas cuando tienen los recursos necesarios para ejercerlas. De este modo, el nivel de recursos de una sociedad explica el 77% de la variación respecto a cuán fuerte el pueblo de un país hace hincapié en los valores de autoexpresión.¹⁴

En segundo lugar, las instituciones democráticas efectivas emergen en sociedades en que se enfatizan los valores de autoexpresión. Como respuesta a las preguntas de la encuesta sobre si la democracia es deseable o no, la gran mayoría la apoya; incluso en los países donde los valores de autoexpresión son débiles; pero en tales casos, tanto la prioridad que se le da a la autoexpresión como la tendencia a involucrarse en acciones políticas son relativamente débiles, lo que hace que las élites puedan ignorar sin riesgo las preferencias de la masa. Esto no necesariamente impide que las élites adopten instituciones democráticas, dado que pueden ser presionadas a hacerlo por actores externos. Pero si no existe una presión interna fuerte para que las élites consigan que estas instituciones sean efectivas, lo más probable es que las corrompan, y la democracia se volverá inefectiva. Nuevamente, la evidencia empírica apoya este razonamiento. Aunque el grado en que un determinado público apoya la democracia explica sólo el 20% de la varianza en la democracia efectiva, la medida en que el público enfatizaba los valores de autoexpresión durante la década de 1990 explica el 81% de la variación a nivel nacional en cuanto a democracia efectiva durante el período 2000-2002.¹⁵

Es posible que el vínculo entre los valores de autoexpresión y las instituciones democráticas sea espurio; sin embargo, en los análisis de regresión en que se controla el impacto del apoyo a la democracia, la confianza en las instituciones del Estado, la participación en instituciones voluntarias, y el espacio de tiempo en que una sociedad ha vivido bajo instituciones democráticas, se ha encontrado que los valores de

autoexpresión explican mucho más de la varianza en la democracia efectiva que cualquiera de estas variables.¹⁶ De forma similar, en los análisis de regresión donde las variables que se controlan son el impacto del nivel de desarrollo económico de una sociedad, la desigualdad del ingreso, el nivel educacional, fraccionalización etnolingüística, y la tradición religiosa, el nivel de valores de autoexpresión de una sociedad aparece, por mucho, como la mejor herramienta de predicción de democracia efectiva.¹⁷

La relación entre instituciones democráticas y valores de autoexpresión no parece ser el resultado que las primeras originen los segundos. De hecho, el tiempo durante el cual una sociedad ha vivido bajo instituciones democráticas no muestra efecto alguno en los valores de autoexpresión cuando se controla la variable del nivel de desarrollo económico. Este último tiende a generalizar cada vez más los valores de autoexpresión, sin importar que el pueblo viva en una democracia o en una sociedad autoritaria.

Estos hallazgos contribuyen a explicar por qué el desarrollo económico está relacionado con la democracia. El desarrollo aumenta los recursos de las personas, lo que origina los valores de autoexpresión, que a su vez suponen una alta prioridad de la libertad de elección. Dado que las instituciones democráticas entregan las más amplias posibilidades para la libre elección, los pueblos con valores de autoexpresión tienden a buscar la democracia. En el análisis de regresión, el nivel de recursos de acción de una sociedad da cuenta por sí solo de alrededor de un 75% de la variación de la democracia efectiva, pero si en la regresión se incluye la fuerza de los valores de autoexpresión, el poder explicativo de los recursos de acción baja a un 35%, mientras que los valores de autoexpresión por sí mismos explican el 45% de la varianza de la democracia efectiva. El crecimiento de los recursos contribuye a la democracia efectiva principalmente en la medida en que origina valores de autoexpresión. La democracia efectiva no aparece porque las élites elijan adoptar la democracia en medio de la nada, sino que a medida que el pueblo está cada vez más articulado, bien organizado y motivado a exigir democracia, las élites tienen menos opciones en la materia.

El Rol de los Valores de Autoexpresión

En la literatura sobre cultura política siempre se ha considerado que ciertas actitudes de las masas conducen a la democracia, pero hasta hace poco esta suposición no se había comprobado. La influyente obra de Almond y Verba de 1963, *La Cultura Cívica*, abarcaba sólo cinco países y no era posible realizar pruebas estadísticamente confiables acerca de si ciertas actitudes a nivel individual estaban relacionadas con la democracia, la cual sólo existe a nivel social.¹⁸ Hoy en día, los estudios de

la WVS incluyen más de ochenta países, y comprende casi el 90% de la población mundial, lo que hace posible medir si los países en donde ciertas actitudes están relativamente extendidas *son* en realidad más democráticos que otros. Los resultados demuestran que ciertas actitudes de la masa están estrechamente relacionadas con la democracia, pero la validez aparente es un parámetro poco confiable en términos de qué actitudes tienen el mayor impacto. Una buena parte de las investigaciones recientes se fundamenta en la suposición que las sociedades donde el público afirma cosas favorables acerca de la democracia tienden a ser democráticas. Esta suposición parece ser muy plausible, hasta que se descubre que el porcentaje de personas que expresan actitudes favorables hacia la democracia es más alto en Albania y Azerbaiján que en Suecia o Suiza. En este momento histórico, la mayoría de las personas está dispuesta a hablar bien de la democracia, y las grandes mayorías en gran parte de los países les informan a los encuestadores de opinión que la democracia es la mejor forma de gobierno. Pero esto no indica necesariamente que existan orientaciones profundamente arraigadas o motivaciones fuertes; en algunos casos, simplemente refleja los efectos del sesgo de “deseabilidad social”.

A nivel global, el apoyo explícito a la democracia por parte de la masa muestra una correlación bastante fuerte y estadísticamente significativa con la existencia de la democracia a nivel de sociedad. Sin embargo, sorprendentemente los valores de autoexpresión, que no se refieren directamente a la democracia, la predicen mucho mejor que el respaldo explícito a la misma.¹⁹ El apoyo a la democracia no necesariamente va acompañado de confianza interpersonal, tolerancia hacia otros grupos, y activismo político, factores que son los componentes centrales de los valores de autoexpresión, y los análisis empíricos demuestran que estos últimos son mucho más importantes para la aparición y mantenimiento de las instituciones democráticas que simplemente el hablar bien de la democracia.²⁰ Esto es verdad en parte, ya que los valores de autoexpresión son mucho más favorables a acciones prodemocráticas a nivel de masas.²¹ Estos valores otorgan una alta prioridad a la libertad y la autonomía como bienes en sí mismos. El apoyo explícito a la democracia, por otra parte, puede reflejar una gran variedad de otras motivaciones. Por tanto, las respuestas a las preguntas de las encuestas sobre si la democracia es o no preferible a las alternativas autoritarias son sustancialmente más débiles que los valores de autoexpresión para predecir si las instituciones democráticas realmente se encuentran presentes a nivel de sociedad.

El Surgimiento de Valores de Autoexpresión

Existe una correlación empírica extraordinariamente fuerte entre los valores de autoexpresión y la democracia efectiva. La evidencia indica

que el vínculo causal se da principalmente desde los valores de autoexpresión hacia la democracia, y no al revés, y que no es necesario que existan instituciones democráticas para que emerjan dichos valores. Los datos de las encuestas WVS indican que en los años que precedieron a la ola de democratización más reciente, los valores de autoexpresión habían surgido a través de un proceso de cambio de valores intergeneracional no sólo en las democracias occidentales, sino también en las sociedades autoritarias.²²

En 1990, los pueblos de Alemania Oriental y Checoslovaquia, que vivieron bajo dos de los regímenes más autoritarios del mundo, habían desarrollado altos niveles de valores de autoexpresión. El factor crucial no era el sistema político, sino que estos países se encontraban entre los más avanzados económicamente dentro del mundo comunista, con sofisticados sistemas de bienestar social y de educación. Debido a esta razón, cuando desapareció la amenaza de la intervención militar soviética, transitaron rápidamente hacia la democracia.

Los valores de autoexpresión aparecen cuando una gran parte de la población crece dando por sentada la supervivencia. Al desarrollarse los recursos de acción, esta visión de mundo tiende a materializarse incluso bajo los regímenes políticos más represivos, a medida que las personas se vuelven más seguras en términos económicos, intelectualmente más independientes, más articuladas, y más conectadas socialmente. Esto emancipa a las personas, ya que les entrega más opciones acerca de cómo gastar su tiempo y dinero, qué creer, y con quién relacionarse. Incluso los regímenes represivos tienen dificultades para controlar estas tendencias, dado que están íntimamente ligadas a la modernización, y reprimirlas sería propender a bloquear el surgimiento de un sector de conocimiento efectivo.

Al aumentar los medios materiales, las habilidades cognitivas, y las conexiones sociales —en otras palabras, los recursos de acción de las personas— la modernización transforma sus valores y amplía su repertorio de acciones, y las personas tienden a usar este repertorio expandido, ya que la libre elección y la autonomía individual tienen una retribución psicológica profunda: aumentan el bienestar subjetivo de la población, según lo que parece ser una tendencia psicológica universal.²³

Por supuesto, no existe garantía que se produzca el desarrollo económico y la modernización. Algunos países con regímenes autoritarios se pueden desarrollar y otros no. Pero en la medida en que estos países se modernizan, tienden a experimentar los efectos liberadores de este proceso, los cuales pueden ser eliminados por los gobernantes sólo si renuncian al desarrollo en sí mismo. Aunque el fascismo y el comunismo siguieron siendo alternativas viables durante gran parte del siglo XX, la urbanización, la educación de masas y el desarrollo económico que acompañaron la industrialización hicieron que la democracia representativa fuera posible. Con el surgimiento de la sociedad postindustrial

basada en el conocimiento, se vuelve más probable la proliferación de las democracias liberales.

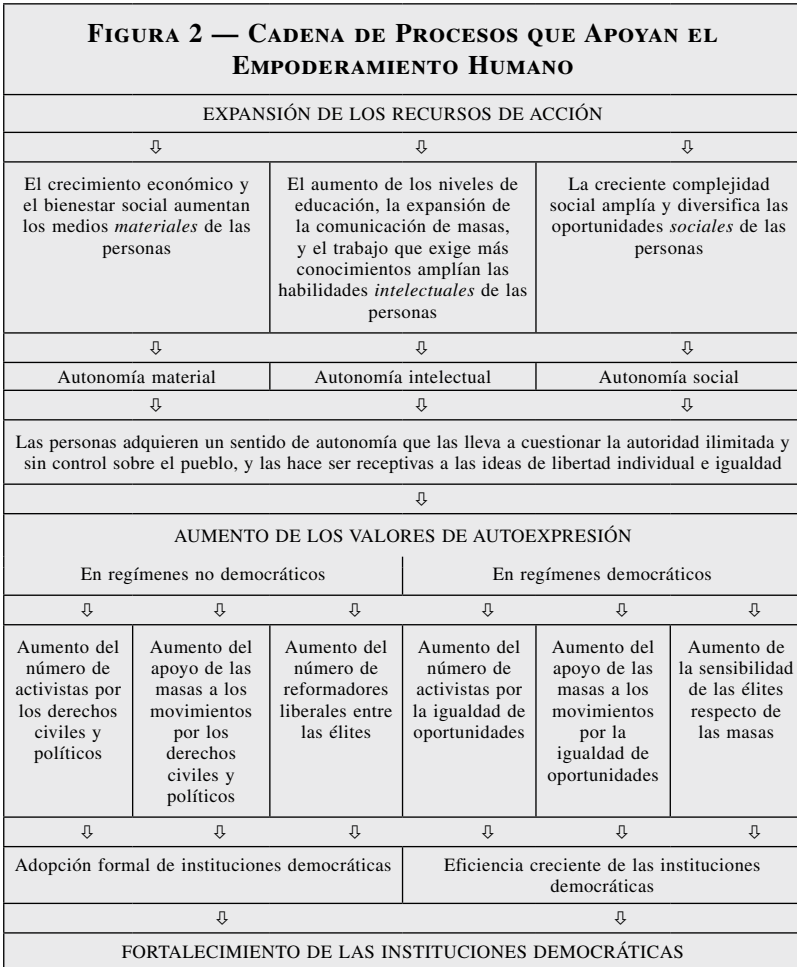
En las sociedades que se fundamentan en el conocimiento, las personas crecen habituadas a ejercer su propia iniciativa y juicio en la vida diaria. Esto trae como resultado que el pueblo tienda a cuestionar la autoridad rígida y jerárquica. Si no se conociera todavía la idea de democracia, probablemente se inventaría al generalizarse los valores de autoexpresión, dado que la libre elección y la autonomía son aspiraciones universales. Tal vez éstos se subordinen a las necesidades de subsistencia y orden cuando la supervivencia es precaria, pero tienden a tener un prioridad cada vez mayor conforme aumenta la seguridad de la supervivencia. Las manifestaciones institucionales específicas de la democracia, que han surgido a lo largo de los últimos doscientos años, son en gran parte producto de la historia política occidental. Sin embargo, el ímpetu básico para la democracia, el deseo humano de libre elección, es la consecuencia natural de un ambiente en donde los recursos de acción en expansión provocan el surgimiento de los valores de autoexpresión.

Las élites casi siempre prefieren mantener tanto poder como sea posible, y dado esto, las instituciones democráticas generalmente han surgido porque el pueblo ha luchado por ellas, desde las revoluciones liberales del siglo XVIII hasta las revoluciones democráticas de fines del siglo XX. Las motivaciones y los valores de las personas tuvieron un papel importante en el pasado, y hoy en día tienen un rol incluso más relevante, dado que los valores que se basan en la autoexpresión se han extendido en gran parte del mundo. ¿Significa esto que los sistemas autoritarios inevitablemente caerán? No necesariamente. Si bien los valores de autoexpresión tienden a erosionar la legitimidad de los sistemas autoritarios, mientras determinadas élites controlen las fuerzas armadas y los servicios policiales, podrían tener la capacidad de reprimir las fuerzas pro democráticas. Afortunadamente, el pueblo no busca la democracia sólo por razones instrumentales, ya que si así fuera, sería relativamente fácil comprar a los líderes de los movimientos democráticos. Los activistas más dedicados a la búsqueda de la democracia son aquellos que intrínsecamente valoran la libertad.

La modernización tiende a aumentar tanto el énfasis como la movilización cognitiva de los valores de autoexpresión. A su vez, esto motiva a más personas a exigir instituciones democráticas y les permite ser efectivos en esta labor, al tiempo que las élites ven que los costos de la represión son más altos. Por último, con el recambio intergeneracional, las propias élites se pueden volver menos autoritarias y represivas si sus filas más jóvenes han sido educadas en sociedades que valoran la autoexpresión. El cambio social no es determinista, pero la modernización aumenta la probabilidad que surjan las instituciones democráticas.

Democracia y Redistribución de la Riqueza

En los nuevos e influyentes trabajos de Carles Boix y de Daron Acemoglu y sus coautores se interpreta la democracia como el resultado de la lucha entre las élites poseedoras de propiedades y las masas empobrecidas, en la cual ambas partes están motivadas por intereses contrapuestos en lo referente a la redistribución económica.²⁴ Las masas desean el sufragio universal para votar en favor de la redistribución de la riqueza, mientras que las élites se oponen a este sufragio precisamente porque temen un resultado de ese tipo. En consecuencia, las élites concederán el sufragio extendido sólo si creen que ello no se traducirá en una redistribución extensiva. En estos análisis se emplean definiciones limitadas de democracia; se estudia cómo emergen las elecciones, no cómo aparece la democracia efectiva. Como se ha expuesto, las elecciones y la democracia efectiva no son la misma cosa.



La versión de Boix de este modelo postula que el miedo a la redistribución por parte de las élites decrece si la distribución del ingreso se empareja, al disminuir el número de personas que podrían obtener considerables ganancias mediante una redistribución radical. Asimismo, al aumentar la movilidad del capital, las élites tienen menos temor de ser despojadas, ya que pueden trasladar su capital fuera del alcance de la redistribución. Este modelo supone que las masas siempre están en favor de la democracia; entonces, dado que la exigencia de democracia por parte de la masa es un factor constante, esta no afectaría la democratización.

Del mismo modo, este modelo ignora la posibilidad que procesos como la movilización social y cognitiva incrementen la capacidad de la población general de intervenir de manera efectiva en política, pues esto también es implícitamente constante. La decisión de reprimir las demandas de las masas por democracia o de expandir el derecho electoral está exclusivamente en manos de las élites. La modernización influye en las probabilidades de llegar a la democracia sólo en el sentido que aumenta la igualdad de ingresos y la movilidad del capital, haciendo que el sufragio universal sea más aceptable para las élites.

El principal efecto de la modernización no es hacer a la democracia más aceptable para las élites, sino aumentar la capacidad y la voluntad de la gente común de luchar por instituciones democráticas.

Estos supuestos son altamente cuestionables. Empíricamente, encontramos una enorme variación en el grado en que ciertos grupos priorizan el obtener instituciones democráticas y en su capacidad de luchar por ellas, ya que tanto los recursos de acción como el énfasis de las masas en los valores de autoexpresión varían ampliamente de una sociedad a otra. La decisión de extender los derechos políticos seguirá siendo únicamente una opción

de la élite sólo mientras los recursos de acción de la gente común sean limitados.

Pero el desarrollo económico cambia este escenario de manera drástica. Una mayor cantidad de recursos materiales y cognitivos permite que las personas inicien acciones colectivas más poderosas y que presionen efectivamente a las élites.

De acuerdo con lo anterior, la supervivencia de los regímenes autoritarios no depende simplemente de si las élites deciden o no reprimir a las masas. Más bien, ello refleja el equilibrio de fuerzas entre las élites y las masas, y este equilibrio cambia a través del tiempo. La más reciente ola de democratización fue, en gran medida, una historia de movilización de masas efectiva, motivada por un fuerte énfasis en los valores de autoexpresión entre personas que se habían vuelto cada

vez más articuladas y capaces de organizar movimientos de masas. El principal efecto de la modernización no es hacer a la democracia más aceptable para las élites, sino aumentar la capacidad y la voluntad de la gente común de luchar por instituciones democráticas.

Boix ha desarrollado un modelo teórico bien argumentado, pero restrictivo, según el cual se interpreta que la democratización emerge cuando existen niveles relativamente altos de igualdad de ingresos junto a elevados niveles de movilidad de capital. En estas condiciones, las élites políticas sienten una relativa seguridad para proporcionar sufragio universal. Su argumento teórico es persuasivo, y hay pocas dudas sobre el hecho que tales condiciones se encuentren entre los factores que en ocasiones contribuyen a la democratización.

Sin embargo, el intento empírico de Boix de demostrar que *únicamente* este factor es suficiente para explicar el fenómeno no es convincente. Específicamente, sus indicadores de movilidad de capital son inadecuados para comprobar la tesis. Estos incluyen el tamaño relativo del sector agrícola, el cual es un indicador estándar de modernización; de hecho, la transición de la producción agraria a la industrial constituye la base del proceso de modernización. Pero la transición de la agricultura a la industria no es un indicador específico de movilidad de capital, y se relaciona con ella sólo en el sentido general que la modernización tiende a incrementar la movilidad del capital junto a muchas otras cosas. Boix también usa el promedio de años de escolaridad de una sociedad como un indicador de la movilidad de capital. Aquí emplea nuevamente uno de los indicadores centrales de la modernización, pero podría ser mejor utilizado para apoyar la tesis de la movilización social relativa a que los niveles crecientes de educación de las masas permiten que las personas participen más eficazmente en política. Más que un indicador de cuán seguras se sienten las élites en su lucha por evitar la redistribución del ingreso, la educación de masas es realmente un indicador de la efectividad alcanzada por el pueblo en su lucha por obtener derechos políticos. Boix simplemente ha reetiquetado indicadores estándares de modernización como indicadores de movilidad de capital, y al demostrar su relación con el surgimiento de la democracia, su análisis empírico entrega más sustentación a diversas versiones de la teoría de la modernización que a su propio modelo de las condiciones bajo las cuales las élites sienten la seguridad necesaria para entregar derechos políticos.

Por su parte, Acemoglu y sus coautores exploran por qué los países ricos tienen mayores probabilidades de ser democráticos que los países pobres, y al realizar este ejercicio descubren algunos nuevos elementos. Empleando una enorme cantidad de datos históricos, los autores se adentran en el pasado para observar si el aumento de la riqueza precede al aumento de la democracia. Sólo cuando llevan su análisis quinientos años atrás encuentran una correlación positiva entre cambios en el ingreso y cambios en la democracia, correlación que se

debilita o desaparece cuando se controlan los efectos fijos por país. Los investigadores concluyen que tanto el desarrollo económico como el ascenso de la democracia son fuertemente dependientes de la trayectoria histórica, y que cinco siglos atrás ciertos países europeos y sus colonizadores se embarcaron en un camino de desarrollo conectado tanto con la democracia como con un alto crecimiento económico, mientras que otros países siguieron una vía conducente a la represión política y a un menor crecimiento.

Aunque los autores hacen hincapié en las negociaciones con las élites, sus hallazgos indican que los factores culturales también juegan un rol decisivo. A pesar que su análisis indica la importancia de los efectos específicos de cada país, los autores no aclaran de manera suficiente la naturaleza de tales efectos. La especificidad en relación con cada país y la sorprendente durabilidad de estos efectos sugieren que son factores culturales profundamente instalados, similares a aquellos descubiertos por Robert D. Putnam en su análisis de las diferencias entre las culturas políticas del norte y el sur de Italia, las cuales relacionó con patrones que han persistido por siglos.²⁵

Acemoglu y sus coautores están en lo cierto: el desarrollo económico por sí mismo no trae aparejada la democracia. Esto ocurre solamente en combinación con ciertos factores culturales. Pero estos factores no son necesariamente exclusivos de ciertos países europeos y de las tierras que colonizaron. La evidencia entregada por las encuestas WVS indica que en los últimos años estos factores culturales se han extendido a gran parte del mundo.

Ni el modelo de Boix ni el de Acemoglu consideran a los valores y habilidades de las masas como elementos con un impacto autónomo sobre la democratización. Más bien, estos valores y habilidades implícitamente se estiman como constantes, y la protesta de las masas simplemente se ven como algo que ocurre cuando la desigualdad económica es elevada. Estos supuestos pueden ajustarse bastante bien a los datos históricos, pero no son capaces de explicar adecuadamente la más reciente ola de democratización. Las motivaciones políticas, de hecho, han cambiado sustancialmente, y la tendencia en las sociedades postindustriales de participar en manifestaciones se ha más que duplicado desde 1974.²⁶ Acorde con esto, se observa que desde 1987 hasta 1995 un número sin precedentes de manifestantes alimentó las olas de democratización de Seúl y Manila a Moscú y Berlín Oriental. Más aún, la lucha no fue principalmente sobre redistribución económica, sino sobre libertad política. En efecto, la democratización en los ex países comunistas no fue motivada por presiones de las masas respecto de mayor igualdad económica; por el contrario, trasladó el poder político desde una élite que ponía énfasis en la igualdad económica y le entregó más de ese poder a un grupo más amplio de la población, el cual hacía menos hincapié en este concepto.

La democracia no emerge simplemente de un interés en el sufragio universal y la redistribución de la riqueza. Emerge de una lucha por la obtención de libertades democráticas que van mucho más allá del derecho a voto. A través de la mayor parte de la historia de la humanidad, han predominado el despotismo y la autocracia, lo que no ocurrió simplemente porque las élites tuviesen la capacidad de reprimir a las masas. Más bien, hasta la época moderna, las masas carecían de los recursos y las habilidades organizativas necesarias para apoderarse de las instituciones democráticas, y obtenerlas no era su principal prioridad. Para comprender cómo surge la democracia, no basta enfocarse sólo en las élites; cada vez más, se hace necesario estudiar también los procesos a nivel de masas.

A pesar que el desarrollo económico se correlaciona positivamente con la democracia efectiva, el impacto del desarrollo deriva principalmente de su tendencia a favorecer los valores de autoexpresión. La modernización es un proceso centrado en la industrialización, que implica educación masiva, una estructura ocupacional moderna y el aumento en los niveles de seguridad. Con el tiempo, todos estos elementos conducen a la gente común a dar mayor importancia a la democracia. Los estados exportadores de petróleo han acumulado enormes riquezas sin seguir esta trayectoria, y en la medida en que su población no ha mostrado motivación por conseguir democracia, dichos estados no se han convertido en democráticos.

No son los desposeídos quienes desean la democracia de forma más vehemente, como suponen algunos economistas políticos. Por el contrario, cuando la gente tiene recursos económicos y cognitivos relativamente amplios, y pasa de enfatizar valores de supervivencia a subrayar valores de autoexpresión, busca con más fuerza conseguir instituciones democráticas. Los valores de autoexpresión reflejan una síntesis de confianza interpersonal, tolerancia y activismo político que juega un rol crucial en el surgimiento y la supervivencia de la democracia.

La democracia puede definirse de manera restringida o de manera amplia, y si se emplea la definición minimalista de democracia electoral, las características de las personas no tienen mayor importancia; después de todo, las elecciones pueden realizarse en cualquier lugar. Sin embargo, los estándares generalmente aceptados respecto de qué constituye democracia, se han vuelto cada vez más exigentes. Cuando la democracia representativa apareció por primera vez, el sufragio censitario y la imposibilidad de votar de las mujeres y los esclavos eran considerados elementos perfectamente compatibles con un Estado democrático; hoy en día, prácticamente nadie aceptaría esta definición. Asimismo, los académicos son cada vez más críticos de las limitadas definiciones electorales de democracia. Si se considera la democratización como un proceso mediante el cual el poder político pasa a manos de los ciudadanos comunes, entonces se requiere una definición

de democracia más amplia, y con una definición de este tipo se puede apreciar que las orientaciones de los ciudadanos comunes juegan un rol central en la democratización.

NOTAS

1. Las definiciones electorales se remontan a Joseph Schumpeter y son usadas por Adam Przeworski y Fernando Limongi, "Modernization: Theories and Facts", *World Politics* 49 (enero, 1997):155-83.

2. La idea de que la democracia emerge como un producto de consentimientos estratégicos de la élite es propuesta por Guillermo O'Donnell y Phillippe C. Schmitter en *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions About Uncertain Democracies* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986).

3. La noción liberal de democracia, que considera un amplio grupo de derechos civiles y políticos como parte integral de la misma, es propuesta por Robert A. Dahl en *Polyarchy: Participation and Opposition* (New Haven: Yale University Press, 1971).

4. El argumento que la democracia emerge y sobrevive en un contexto de recursos de participación y valores de autoexpresión extendidos, apoyado por evidencia empírica de más de setenta sociedades, es propuesto por Ronald Inglehart y Christian Welzel, en *Modernization, Cultural Change, and Democracy* (New York: Cambridge University Press, 2005).

5. El *Polity Index* mide la democracia en términos de limitaciones constitucionales al poder ejecutivo y de canales de participación popular.

6. Los índices de Freedom House se basan en calificaciones de expertos sobre libertades civiles y derechos políticos.

7. Dado que incluyen una escala de libertades civiles, podría pensarse que los índices de Freedom House para la libertad miden la democracia liberal más que la mera democracia electoral. Pero la distinción dicotómica de Freedom House entre "democracias electorales" y "no-democracias" muestra una correlación de 0,88 con sus índices de libertad de 13 puntos. Tal como se encuentran establecidos hoy en día, estos índices no van mucho más allá de la democracia electoral.

8. David Collier y Steven Levitsky enfatizan la distinción entre la democracia efectiva y la democracia deficiente en "Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research", *World Politics* 49 (abril, 1997): 430-51; Larry Diamond también pone de relieve la importancia de esta diferenciación en "Thinking About Hybrid Regimes", *Journal of Democracy* 13 (abril, 2002): 21-35.

9. Véase Richard Rose, "A Diverging Europe", *Journal of Democracy* 12 (enero, 2001): 93-106.

10. Véase Daniel Kaufmann, Aart Kraay y Massimo Mastruzzi, "Governance Matters III: Governance Indicators for 1996-2002", World Bank Policy Research Working Paper 3106.

11. Para encontrar una discusión detallada de este índice de democracia efectiva, véase Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*, cap. 7.

12. Ronald Inglehart, *Modernization and Postmodernization* (Princeton: Princeton University Press, 1997); Ronald Inglehart y Wayne Baker, "Modernization, Cultural Change, and the Persistence of Traditional Values", *American Sociological Review* 65 (febrero, 2000): 19-51; Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*.

13. Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*; en el capítulo 2 se explica cómo se miden los valores de autoexpresión.

14. Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*, 150.

15. Inglehart y Welzel, 155.

16. Inglehart y Welzel, 249-58.

17. Inglehart y Welzel, 196-208.

18. Gabriel A. Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations* (Newbury Park, Calif.: Sage, 1989).

19. Ronald Inglehart, "How Solid Is Mass Support for Democracy-And How Do We Measure It?", *PS: Political Science and Politics* 36 (enero, 2003): 51-57. Este hallazgo se confirma en Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*, cap. 11, y se apoya en Christian Welzel, "Are Levels of Democracy Influenced by Mass Attitudes?", *International Political Science Review* 28 (septiembre, 2007): 397-424.

20. Para encontrar más información en acuerdo a esta idea, véase Christian Welzel, "Democratization as an Emancipative Process", *European Journal of Political Research* 45 (octubre, 2006): 871-896.

21. Welzel, "Are Levels of Democracy Influenced by Mass Attitudes?" 418. Un análisis multinivel de los datos de la encuesta WVS, que incluye 250.000 encuestados de todo tipo de sociedades, desde las derechamente autoritarias a las completamente democráticas, revela que los valores de autoexpresión efectivamente llevan a la gente a participar en acciones que desafían a las élites, sin importar cuán contrario a la democracia sea un régimen dado.

22. Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*, caps. 8 y 9.

23. El impacto multicultural, y virtualmente universal, que una sensación de libre elección tiene en la satisfacción de las personas se demuestra en Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*, 140.

24. Carles Boix, *Democracy and Redistribution* (New York: Cambridge University Press, 2003); Daron Acemoglu y James A. Robinson, *Economic Origins of Dictatorship and Democracy* (New York: Cambridge University Press, 2005); y Daron Acemoglu, Simon Johnson, James A. Robinson y Pierre Yared, "Income and Democracy", NBER Working Paper No. W11205 (2005), http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=689386.

25. Robert D. Putnam, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy* (Princeton: Princeton University Press, 1993).

26. Para consultar la evidencia disponible, véase Inglehart y Welzel, *Modernization, Cultural Change, and Democracy*, 118-26 y 224-27.